

Yascha Mounk

El pueblo contra la democracia

Por qué nuestra libertad está en peligro
y cómo salvarla



Yascha Mounk

El pueblo contra la democracia

Por qué nuestra libertad está
en peligro y cómo salvarla

Título original: *The People vs. Democracy*, de Yascha Mounk
Publicado originalmente en inglés por Harvard University Press

1.^a edición, septiembre de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Yascha Mounk, 2018
© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2018
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3482-5
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L. U.
Depósito legal: B. 15.594-2018
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain.*

SUMARIO

<i>Introducción. La pérdida de nuestras ilusiones</i>	9
---	---

PARTE I. LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

1. Democracia sin derechos.....	35
2. Derechos sin democracia.....	59
3. La democracia se está desconsolidando	105

PARTE II. ORÍGENES

4. Las redes sociales.....	143
5. El estancamiento económico.....	157
6. La identidad	167

PARTE III. REMEDIOS

7. Domesticar el nacionalismo	199
8. Arreglar la economía.....	221
9. Renovar la fe cívica	243

<i>Conclusión. Luchar por nuestras convicciones</i>	261
---	-----

<i>Agradecimientos</i>	275
------------------------------	-----

<i>Notas</i>	283
--------------------	-----

<i>Créditos</i>	379
-----------------------	-----

<i>Índice analítico y de nombres</i>	383
--	-----

Capítulo 1

DEMOCRACIA SIN DERECHOS

En el otoño de 1989, los ciudadanos del «paraíso obrero» germano oriental acudían en masa todos los lunes por la noche a las concentraciones de protesta contra el régimen comunista en las calles de Leipzig y Dresde. Su eslogan central rezumaba una esperanzada dignidad: *Wir sind das Volk*, clamaba la multitud. «Nosotros —no la policía secreta ni la élite del partido— somos el pueblo.»¹

Estos tres últimos años, la población de Leipzig y de Dresde ha vuelto a tomar las calles de ambas ciudades. En medio de las enfebrecidas iras generadas por la llegada de cientos de miles de refugiados a Alemania durante 2015, un movimiento autodenominado (de forma harto grandilocuente) Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (Pegida) comenzó a manifestarse en protesta contra Angela Merkel y las políticas de su gobierno.²

Con sus concentraciones de todos los lunes por la noche en el centro de esas mismas localidades, Pegida estaba apropiándose astutamente de aquel legado de resistencia popular. Quienes se oponen a Merkel hoy, venían a insinuar, son los herederos legítimos de quienes se opusieron al régimen comunista hace un cuarto de siglo. Así que, cuando fui a Dresde en calidad de observador de aquellas protestas de miles de ciudadanos indignados en el centro de la ciudad, la atmósfera característicamente contrarrevolucionaria que allí respiré no debería haberme tomado por sorpresa. Y, aun así, lo hizo.

El odio a la *Lügenpresse*, la «prensa mentirosa», es un elemento central de la ideología del movimiento, por lo que la mayoría de los manifestantes se negaron a hablar conmigo. Cuando intentaba sacar fotos, me apartaban sin mediar palabra. «Estoy aquí porque no tengo familia —me dijo un productor de un canal de televisión local, que había colocado su cámara lejos de la multitud—. Mis colegas que tienen hijos se niegan a cubrir las manifestaciones. El riesgo de que te den una paliza es demasiado alto.»³

Aun así, allí estaban, nítidamente exhibidos, los grandes temas de Pegida: su odio a los refugiados, su desconfianza hacia Estados Unidos y su insistencia en la pureza étnica del pueblo alemán. Pocos eran los manifestantes que ondeaban la bandera negra, roja y dorada de la República Federal, cuyo diseño tricolor invoca los valores universalistas de la Revolución francesa. En lugar de esta, muchos preferían la llamada bandera de Wirmer, con una gran cruz oscura sobre fondo granate, que se ha vuelto popular en círculos de extrema derecha porque se la considera un símbolo de las raíces nórdicas y las tradiciones cristianas del país.

Toda aquella iconografía de resistencia compensaba la falta de sutileza con unas buenas dosis de variedad: entre la multitud, también divisé banderas rusas («Putin pone a su pueblo primero»), confederadas («ellos sí eran verdaderos rebeldes») y una solitaria bandera japonesa.

Esta última me dejó desconcertado. No me sorprendía ver que aquella gente admirase el régimen autocrático de Putin o su duro trato a las minorías en Rusia. Podía entender por qué unos manifestantes que odiaban a Estados Unidos y temían la diversidad étnica se identificaban con los sudistas. Pero ¿qué tenía que ver Japón con todo eso?

Me acerqué al hombre que portaba la enseña, aunque no sin ciertas reservas; pero él no tuvo reparo alguno en explicarse, sino todo lo contrario. Japón, me contó, tiene el mismo problema que Alemania: una población en descenso. Alemania ha dejado que entren muchos inmigrantes con la esperanza de que compensen la caída de la mano de obra disponible y contribuyan a sostener el sistema de la Seguridad Social. Pero todo eso ha sido un gran error. Los japoneses, que se han negado firmemente a abrir las puertas a los recién llegados, son mucho más listos: «Mejor dejar que la población disminuya que permitir que entren un montón de extranjeros».⁴

Las pancartas contaban una historia parecida. En una se proclamaba que Merkel y otros miembros del gobierno son «enemigos del pueblo alemán» que «¡están librando una guerra de aniquilación contra nosotros!». «¡Eh, yanquis! —se leía en otra—, salid cagando leches de aquí y llevaros a vuestros títeres con vosotros.» Una tercera pancarta se me hizo familiar al principio, porque recordaba a las banderas con el lema *Refugees welcome* («Refugiados, bienvenidos») que tan omnipresentes habían estado unos meses antes, cuando muchos voluntarios alemanes acudieron entusiastas a recibir a los refugiados recién llegados a estaciones de ferrocarril de todo el país. En esta, sin embargo, se mostraba a un cruzado a caballo usando su lanza para

repeler a un par de terroristas, un hombre y una mujer, armados con fusiles AK-47: él, ataviado con una túnica tradicional; ella, embozada en un nicab. «Islamistas, no bienvenidos —*Islamists not welcome*, anunciaba con letras bien grandes—. Quedaos donde estáis si no queréis que os echemos a patadas» (en otras pancartas, de temática similar, se leía «*Rapefugees*,* no bienvenidos» o, simplemente, «Mahoma, no bienvenido»).

Pero este carnaval de odio no era más que una atracción secundaria. El centro emocional de la protesta —su mensaje central, su insidiosa cantinella— era un eslogan que no había cambiado en un cuarto de siglo. *Wir sind das Volk*, gritaba la multitud, una y otra vez, con creciente agresividad. «Nosotros —no esos extranjeros que están inundando Alemania, ni los políticos que actúan conchabados con ellos— somos el pueblo.»⁵

En los meses siguientes a aquellas protestas, mientras diversos populistas autoritarios se convertían en foco de atención en toda Europa y Estados Unidos elegía a Donald Trump como presidente, no dejé de pensar en mi experiencia de aquella gélida noche. Era tanta la indignada energía que alimentaba a esos movimientos y que yo había presenciado en las calles de Dresde, que no podía evitar interpretar los acontecimientos de 2016 y 2017 a la luz de lo que allí había visto: el odio a los inmigrantes y a las minorías étnicas; la desconfianza hacia la prensa y la difusión de noticias falsas; la convicción de que la mayoría silenciosa por fin había hallado una voz con la que expresarse; y, tal vez por encima de todo, el anhelo de encontrar a alguien dispuesto a hablar en nombre del pueblo.⁶

El raudo ascenso de líderes, «hombres (y mujeres) fuertes», que dicen encarnar en su sola persona la voluntad del pueblo, es algo ciertamente llamativo si se mira desde una perspectiva histórica. Como bien señalaron en su día los politólogos Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, durante gran parte de la era de la posguerra, la estructura de los sistemas de partidos en la mayoría de los países europeos occidentales y norteamericanos parecía haberse «congelado». ⁷ Durante las décadas finales del siglo xx, apenas cambiaron los principales movimientos políticos representados en los parlamentos de Berna, Copenhague, Helsinki, Ottawa, París, Estocolmo y Washington. Aunque sus fuerzas relativas variaban de una elección a otra, lo que permi-

* Neologismo compuesto en inglés a partir de las palabras *violador* (*rapist*) y *refugiado*. [N. del T.]

tía que el centro-izquierda accediera al poder después de que el centro-derecha lo hubiese ejercido durante un tiempo, y viceversa, la forma básica de la estructura de partidos, se mantenía notablemente estable.⁸

Durante estos últimos veinte años, sin embargo, el sistema de partidos se ha descongelado a gran velocidad. En un país tras otro, se han ido dando casos de partidos políticos que, de ser marginales o inexistentes hasta hacía bien poco, han pasado a consolidarse como elementos fijos de la escena política.⁹

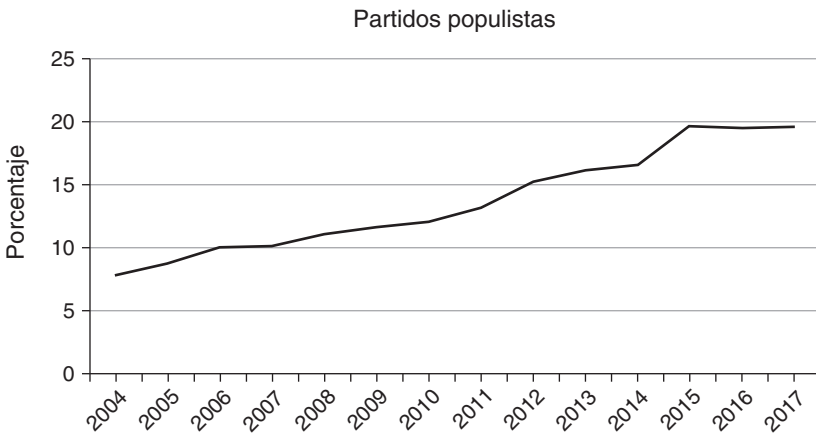
La primera gran democracia en experimentar ese proceso fue Italia. A comienzos de la década de los noventa, un gigantesco escándalo de corrupción pulverizó allí el sistema político. Los partidos que habían dominado la política italiana desde el final de la Segunda Guerra Mundial se disolvieron o se hundieron en un profundo abismo electoral. La primera persona en sacar partido del vacío subsiguiente fue Silvio Berlusconi, un empresario, que cuando se introdujo en política ya había sido acusado de estar implicado en delitos de corrupción, aunque nada de eso pareció importar entonces. Impulsado por la promesa de limpiar el sistema y enriquecer el país, Berlusconi arrasó en las urnas. Durante los años siguientes, gran parte de las energías de su gobierno se consumieron en gestionar las repercusiones de su goteo constante de meteduras de pata políticas..., y en evitar que él mismo fuera a la cárcel. Y, aun así, fue una figura dominante en la política del país durante todo un cuarto de siglo.¹⁰

En aquel entonces, Italia parecía una anomalía. Durante estos últimos años, sin embargo, a medida que diversos recién llegados a la política han ascendido al poder y a posiciones de influencia en toda Europa, se ha hecho evidente que no lo era.

En Grecia, el Movimiento Socialista Panhelénico (Pasok), principal partido del centro-izquierda, y Nueva Democracia, principal partido del centro-derecha, solían cosechar en torno al 80% de los votos entre los dos. Pero en enero de 2015, la Coalición de la Izquierda Radical (Syriza), liderada por Alexis Tsipras, logró asaltar el poder tras reunir una inesperada mayoría.¹¹ En España, Pablo Iglesias, un joven profesor de ciencia política de la Universidad Complutense de Madrid que se dedicaba a enseñar asignaturas como «Cine, identidades políticas y hegemonía», fundó un movimiento de protesta a raíz de la situación generada por la crisis financiera de 2008; en las elecciones de 2015, Podemos obtuvo un 21% de los sufragios y se convirtió así en el tercer partido más votado de España.¹² Incluso en la propia

Italia sube con fuerza una nueva generación de populistas que está llevando a cabo una transformación a la altura de la que allí tuvo lugar unos años antes: Beppe Grillo, un cómico famoso, puso en marcha el Movimiento 5 Estrellas en 2009, y ahora, en el momento de escribir estas líneas, va por delante de todos los demás partidos en los sondeos.¹³

El ascenso de partidos de extrema derecha ha sido más llamativo aún que el de los de extrema izquierda como Syriza o Podemos. En Suecia, el Partido Socialdemócrata lleva dominando la política nacional desde hace más de un siglo y solo ha cedido ocasionalmente el gobierno a una coalición de centro-derecha liderada por el Partido Moderado; sin embargo, en años recientes, los Demócratas de Suecia, unos advenedizos en la política nacional de ese país, aunque con hondas raíces en el movimiento neonazi, han subido como la espuma y ahora lideran algunos sondeos y figuran como segunda opción en otros.¹⁴ En Francia, el Frente Nacional lleva ya años siendo un elemento habitual del paisaje político. Pero tras décadas en los márgenes del sistema, Jean-Marie Le Pen logró inesperadamente derrotar al candidato del centro-izquierda en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2002, lo que le permitió presentarse a la segunda y definitiva vuelta contra el entonces presidente Jacques Chirac; en 2017, su hija, Marine Le Pen, consiguió parecida hazaña, aunque doblando el porcentaje de votos que su padre había recibido en su día.¹⁵



Porcentaje de voto de los partidos antisistema en la Unión Europea (UE15)

Historias similares pueden contarse de Austria, los Países Bajos, Finlandia y Alemania: en cada uno de esos países, los populistas de extrema derecha han cosechado éxitos sin precedentes en los últimos años salmodiando su apoyo al pueblo. En realidad, el porcentaje de votos de los partidos populistas europeos, tanto de izquierda como de derecha, ha aumentado en el transcurso de estas pasadas décadas hasta situarse por encima del doble del que era su nivel anterior.¹⁶

Mi experiencia en Dresde también me reafirmó en la convicción de que los términos convencionales del debate acerca del populismo están mal planteados.

El populismo ha tenido defensores que han jaleado la llegada de esos movimientos por considerarlos un síntoma de una muy buena salud de nuestro sistema político. «El verdadero problema al que se enfrenta la democracia hoy —escribe Astra Taylor en una elegía titulada «The Anti-Democratic Urge» [«El ansia antidemocrática»]— no [es] el exceso de poder popular, sino la falta del mismo.»¹⁷ «El antipopulismo —añadía Frank Furedi, un sociólogo británico— muchas veces no es más que antidemocracia.»¹⁸

Taylor y Furedi están en lo cierto cuando dicen que los populistas a menudo son genuinos canalizadores de la voz del pueblo. Pero no tienen en cuenta —u olvidan mencionar— lo profundamente antiliberal que es mucha de la energía de la que se alimenta ese auge del populismo. Cuando los manifestantes de Dresde mostraban pancartas dejando claro que «Mahoma no [es] bienvenido» o exclamaban «somos el pueblo», estaban planteando un cuestionamiento más fundamental de la idea del respeto por los derechos individuales de lo que Taylor y Furedi parecen dispuestos a admitir.

Aunque el populismo tiene un elemento auténticamente democrático, también es, a largo plazo, mucho más adverso al respeto de la voluntad popular de lo que dicen sus partidarios. Como cualquiera que haya estudiado los casos de Turquía, Rusia o Venezuela sabe muy bien, el ascenso de «hombres fuertes» iliberales puede muchas veces ser el preludio de un régimen autocrático: una vez silenciados los medios y abolidas las instituciones independientes, es fácil que los gobernantes iliberales efectúen la transición desde el populismo hasta la dictadura.

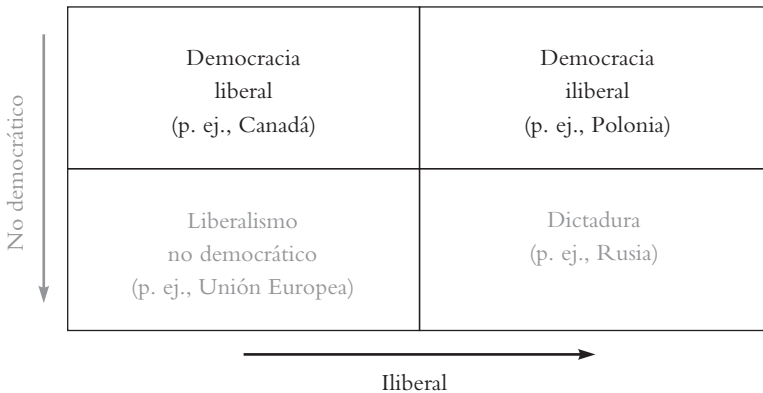
Podríamos sentirnos tentados a concluir, entonces, que, en último término, estos nuevos movimientos se oponen diametralmente a la democra-

cia. «El populismo —según ha argumentado Ivan Krastev, haciéndose eco de un consenso creciente entre muchos analistas— no solo es antiliberal, sino que es también antidemocrático: es la sombra que se proyecta permanentemente sobre la política representativa».¹⁹

Pero eso también contribuye más a confundir conceptos que a aclararlos. Afirmar que la nueva hornada de populistas es antidemocrática sin más nos impide captar tanto lo que es distintivo en ellos como lo que los ha hecho tan exitosos: los movimientos de ultraderecha a la antigua usanza hacían manifiesta apología del fascismo y defendían la abolición de la democracia; Pegida y Trump, sin embargo, ven en las elecciones una oportunidad para que la gente corriente haga oír su voz. Lejos de anular la democracia, su verdadera aspiración es conseguir que la voluntad popular remodele el país a su imagen y semejanza.

De ahí que el único modo de entender bien el sentido de estos nuevos movimientos pase por diferenciar su naturaleza de su efecto previsible. Para entender la *naturaleza* del populismo, debemos reconocer que este es tanto democrático como iliberal, que busca tanto expresar las frustraciones del pueblo como socavar las instituciones liberales. Y para comprender su *efecto* previsible, debemos tener en cuenta que estas instituciones liberales son necesarias para la supervivencia a largo plazo de la democracia: en cuanto los líderes populistas se deshacen de todas las barreras liberales que obstruyen la expresión de la voluntad popular, les resulta ya muy fácil desoír la voz del pueblo cuando las preferencias de este entran en conflicto con las suyas propias.

Democracia sin derechos



LA POLÍTICA ES SIMPLE (Y QUIEN DIGA QUE NO ES UN MENTIROSO)

Durante las pasadas décadas, el producto interior bruto (PIB) mundial ha crecido a buen ritmo. Mil millones de personas han salido de la pobreza. Las tasas de analfabetismo se han desplomado y también ha caído la mortalidad infantil. Y tomando en consideración el mundo en su conjunto, la desigualdad en la renta ha disminuido.²⁰

Pero muchas de esas mejoras se han concentrado en países en rápido desarrollo, como China. En las economías desarrolladas, el PIB ha crecido bastante más lentamente. Y en buena parte de Occidente, sobre todo en Estados Unidos y el Reino Unido, el pedazo más suculento de ese crecimiento se ha concentrado en un reducido segmento de la élite de la sociedad. Debido a ello, muchas personas de clase media de los feudos tradicionales de la democracia liberal han tenido que arreglárselas mal que bien. Y si bien la desigualdad global ha caído gracias al crecimiento mucho más rápido de los países pobres que de los países ricos, la desigualdad dentro de prácticamente todas esas sociedades —tanto en las economías (más estancadas) del Occidente rico como en las economías (más dinámicas) del sur global— ha registrado un marcado incremento.²¹

Los motivos de esta evolución de los acontecimientos son múltiples. Está la globalización. Está la automatización. Está la transición desde la industria hacia los servicios. Está el ascenso de una economía digital que permite unas ingentes economías de escala que generan unas cuantiosas fortunas que se concentran en unas pocas grandes empresas y en sus trabajadores más cualificados, dejando muy poco para todos los demás.

Ninguno de esos cambios está fuera del alcance de la política. Aún hoy, con las políticas adecuadas, es posible contribuir a redistribuir la riqueza y mejorar el nivel de vida de los ciudadanos de a pie. Pero las políticas que se necesitan para ello no son ni mucho menos sencillas, como tampoco son de eficacia inmediata ni, en la mayoría de los casos, populares. Así que no debe extrañarnos que a los políticos les haya resultado cada vez más difícil convencer al electorado con el mensaje de que la realidad es compleja.

La campaña de Hillary Clinton, que muchos —a ambos lados del espectro político— consideraron carente de proyecto, es un ejemplo llamativo de ello. Desde la izquierda, Bill de Blasio, alcalde de Nueva York, se quejó de haberse quedado con las ganas de «oírle [a Hillary] algún proyecto de

futuro». ²² Desde la derecha, Kevin Williamson escribió: «Sabemos qué quiere ser, pero no qué quiere hacer». ²³ Ambas acusaciones hicieron fortuna porque sonaban a ciertas. Muchos votantes tenían realmente la sensación de que Clinton estaba más interesada en llegar a la Casa Blanca que en poner en práctica una lista concreta de objetivos cuando estuviera en la presidencia. Yo mismo tuve esa impresión muchas veces. Y sin embargo, sé que tiene un largo historial de servicio público sincero y que se presentaba con un intrincado paquete de propuestas políticas que habrían tenido una significativa incidencia en temas muy diversos, que iban desde la educación preescolar hasta la lucha contra el alzhéimer. ²⁴

Donald Trump, por el contrario, ha pasado mucha de su larga trayectoria vital timando a gente diversa, desde los estudiantes de la «Universidad Trump» hasta los múltiples contratistas a quienes jamás pagó por servicios que le prestaron. ²⁵ La mayoría de las políticas por las que abogaba no podían funcionar. Aprovechó el malestar popular con la inmigración prometiendo levantar un muro en la frontera con México. Y aprovechó la angustia reinante en las localidades industriales en declive prometiendo subir los aranceles a las importaciones procedentes de China. Los expertos no paraban de repetir que ningún muro con México detendría a la inmensa mayoría de los futuros inmigrantes indocumentados (pues estos sencillamente se quedan en el país tras agotar el plazo estipulado en sus visados de entrada) y que una guerra comercial con China no devolvería a Estados Unidos la inmensa mayoría de los empleos industriales, pues estos habían desaparecido por la robotización, más que por el comercio exterior. ²⁶ Y aun así, millones de votantes percibieron en la simplicidad de las propuestas de Trump una señal de autenticidad y determinación, al tiempo que veían en la complejidad de las de Clinton un indicio de insinceridad e indiferencia.

Ahí precisamente radica el motivo por el que las soluciones fáciles y simplistas forman el meollo mismo del atractivo populista. Al electorado no le gusta pensar que el mundo es complicado. Y desde luego no le gusta que le digan que sus problemas no tienen una respuesta inmediata. Ante unos políticos que parecen cada vez menos capaces de gobernar un mundo crecientemente complejo, muchos votantes están cada vez más dispuestos a votar por cualquiera que prometa una solución simple. De ahí que los populistas, sean de donde sean —desde el indio Narendra Modi hasta el turco Recep Tayyip Erdoğan, desde el húngaro Viktor Orbán hasta el polaco Jarosław Kaczyński, y desde la francesa Marine Le Pen hasta el italiano Beppe

Grillo—, suenan tan sorprendentemente similares los unos a los otros, pese a sus considerables diferencias ideológicas.²⁷

La disposición de los líderes populistas a ofrecer soluciones tan simples que no pueden funcionar de ningún modo es muy peligrosa. Cuando llegan al poder, sus políticas tienden más bien a exacerbar los problemas mismos que suscitaron las iras populares que los llevaron al gobierno. Podríamos suponer que los votantes, desengañados por el caos consiguiente, tenderán entonces a devolver su confianza a los políticos del viejo orden establecido. Pero esa penuria añadida probablemente fomente mayor resentimiento e inquietud en ellos. Y como la historia de muchos países de América Latina nos muestra, cuando un populista fracasa, tan probable es que los votantes recurran a otro populista —o a un dictador en toda regla— como que devuelvan a las antiguas élites al poder.²⁸

Entretanto, la afición de los populistas a la simplicidad propicia también otro peligro más inmediato. Y es que, si las soluciones a los problemas del mundo son tan evidentes como ellos dicen que son, entonces la élite política no las está implementando por alguna de las dos razones siguientes: bien porque es corrupta, bien porque colabora en secreto con intereses externos.

La mayoría de las veces, los populistas lanzan ambas acusaciones.

La acusación de que la verdadera motivación de Clinton era ganar todo el dinero que pudiera fue un tema constante en la campaña de Trump: «Hillary Clinton es una candidata del sistema que solo está luchando por los intereses de sus donantes y sus compinches de dentro del propio sistema. Yo soy alguien de fuera de ese sistema que lucha por vosotros —dijo Trump—. Solo tenéis que seguir el rastro del dinero...», añadió con ese aire tan suyo de quien insinúa siniestras conspiraciones.²⁹

Aunque algunas de las acusaciones de Trump eran estrafalarias, no diferían mucho de cómo los populistas de otros países llevan ya tiempo atacando a los políticos de los partidos convencionales. En Polonia, por ejemplo, Jarosław Kaczyński, con su particular estilo, bastante más refinado, afirmó en su día que los políticos que habían gobernado anteriormente el país habían sido «cooptados en la élite de los socialmente privilegiados» y, por lo tanto, no tenían interés alguno por «cambiar la jerarquía social». ³⁰ Mientras, en Francia, Marine Le Pen ha ido dejando cada vez más claro su apoyo a una

rebelión contra una «oligarquía de la Unión Europea» que vela solamente por sus propios intereses.³¹

Los populistas de izquierda copian sus tonadas del mismo cancionero. En Italia, por ejemplo, a Grillo le encanta vapulear a la «casta política», una red de miembros de la élite que solo se ocupan de sus propios intereses particulares.³² En España, Iglesias empleó parecida retórica después de que Podemos conquistara un porcentaje récord de votos en las elecciones europeas de 2014: «Los partidos de la casta han sufrido un duro golpe, pero por ahora no hemos cumplido nuestros objetivos en las urnas. Mañana seguirá gobernando la casta y seguirá habiendo desahucios».³³

El dinero que se supone que es la prioridad que los políticos del sistema anteponen a todas las demás tiene que venir de algún lado, claro está, así que la acusación de que solo están ahí por interés pronto se amplía a la de que son títeres del gran capital. En las elecciones estadounidenses, los elevados honorarios que Goldman Sachs abonaba a Hillary Clinton por sus discursos hicieron que ese modo de relatar los hechos hallara un eco especialmente propicio, y Trump lo aprovechó al máximo: Goldman Sachs, afirmó, tiene un «control total, total [...] sobre Hillary Clinton».³⁴

La mayoría de los populistas, sin embargo, dan una vuelta de tuerca a esa acusación de que los dirigentes de los viejos partidos son unos traidores. No solo afirman que los miembros de la casta política están ahí por su interés o que están «untados» por las grandes empresas y grupos de interés, sino que les atribuyen un sentimiento de especial lealtad a los enemigos del pueblo que los induce a ser más favorables a promover los intereses de las minorías étnicas o religiosas que a procurar la suerte de la mayoría.

Donald Trump es, una vez más, uno de los casos más puros que podemos encontrar en ese sentido. Su primera incursión real en el mundo de la política fue para denunciar que Barack Obama había falsificado su partida de nacimiento, que no era estadounidense de verdad y que incluso podría ser un musulmán encubierto. Durante la campaña, repitió versiones varias de esa misma acusación una y otra vez: desde llamar a Obama «fundador de Estado Islámico» hasta mencionarlo por su cargo, poniendo lo de «presidente» irónicamente entre esas comillas imaginarias trazadas con los dedos de ambas manos.³⁵ El hecho de que Clinton no tuviera un nombre tan inusual como el de Obama, o que no procediera de una minoría étnica

ni religiosa, no fue óbice para que Trump fabricara acusaciones similares: llamó a Clinton «cofundadora» de Estado Islámico y exigió que la «enclerraran» por haber mantenido un servidor privado de correo electrónico cuando era secretaria de Estado.³⁶

El tipo de deslealtad del que los políticos del sistema se ven acusados varía de un país a otro. Pero aunque los populistas modelan la identidad de la mayoría traicionada y de la minoría despreciada a medida que lo necesitan según su contexto local, la estructura retórica de la que se valen es llamativamente parecida en cualquier parte del mundo.

Así, en la India, Modi afirma que sus oponentes son enemigos de los hindúes y ha contribuido a crear un entorno en el que aquellos analistas y expertos que se perciben como críticos con el hinduismo de línea dura «reciben amenazas de muerte que, luego, se cumplen».³⁷ En Turquía, Erdoğan utilizó el golpe para tachar a todo opositor a su gobierno de partidario del terrorismo,³⁸ y ordenó el arresto de centenares de académicos y periodistas.³⁹ Y en Francia, Alemania e Italia, líderes populistas como Marine Le Pen, Alice Weidel y Matteo Salvini declaran que todos los políticos pro-sistema odian a la mayoría blanca cristiana. Ya lo dijo Marion Maréchal-Le Pen, sobrina de Marine y antigua parlamentaria francesa: «O matamos al islamismo o él nos matará a nosotros. [...] Quienes prefieren el *statu quo* son cómplices de nuestros enemigos».⁴⁰

SOY VUESTRA VOZ (Y TODOS LOS DEMÁS SON UNOS TRAIADORES)

Los principales problemas políticos del momento, proclaman los populistas, tienen fácil solución. Basta un poco de sentido común. Si el empleo se está deslocalizando, hay que prohibir que otros países vendan sus productos en el nuestro. Si llegan inmigrantes en masa a nuestro país, no hace falta más que erigir un muro. Y si hay unos terroristas que nos atacan en nombre del islam, lo que hay que hacer es prohibir a los musulmanes.

Y si los políticos convencionales no toman medidas tan lógicas como esas, la explicación es similarmente simple: seguro que es por interés particular propio. Están conchabados con grupos de interés indignos o con las minorías étnicas. Son pura corrección política. Decadentes. No sirven.

Es obvio, entonces, qué es lo que hay que hacer. Para solucionar la crisis

(para que desaparezcan los problemas, para que la economía progrese, para que el país sea —vuelva a ser— grande), basta con que un fiel portavoz de la voluntad del pueblo conquiste el poder, derrote a los traidores y ponga en práctica soluciones de sentido común.

Ese portavoz es el populista, el que jamás se cansa de arrogarse tal portavocía.

Poco puede extrañarnos, pues, que el discurso de Trump en la Convención Nacional Republicana se concentrara en ese tema una y otra vez. «El gran capital, los medios de la élite y los grandes donantes se están alineando con la campaña de mi oponente porque saben que ella mantendrá intacto su sistema amañado —dijo al principio del discurso—. La están regando de dinero porque ejercen un control absoluto sobre todo lo que ella hace. Ella es su marioneta y ellos manejan sus hilos.»⁴¹

Pero las cosas no tienen por qué ser así de malas, claro. «Los problemas a los que nos enfrentamos ahora —la pobreza y la violencia en nuestro país, la guerra y la destrucción en el extranjero— durarán mientras sigamos confiando en los mismos políticos que los crearon», advirtió. Para comenzar una nueva era, «se necesita un cambio de liderazgo». El nuevo líder, prometía Trump, priorizaría por fin a los estadounidenses de a pie: «La diferencia más importante entre nuestro plan y el de nuestra oponente es que el nuestro antepone a Estados Unidos, “América primero”. El americanismo, y no el globalismo, será nuestro credo».⁴²

Fue entonces, tras haber preparado de ese modo a su público, cuando llegó el momento de que Trump lanzara su mensaje central, sobre el que volvería, repitiéndolo como un estribillo, a lo largo de su discurso. Los hombres y las mujeres corrientes llevaban demasiado tiempo olvidados, dijo. «Ya no tienen voz.» Pero, aseguraba Trump, él iba a cambiar todo eso: «Yo soy vuestra voz».⁴³

Esa promesa se convertiría en la cantinela central del discurso. Y aunque muchos se burlaron de ella en los días siguientes, funcionó como una síntesis brillante de la promesa fundamental que los populistas de todo el planeta han venido ofreciendo a sus votantes: Marine Le Pen hizo su campaña presidencial de 2017 *au nom du peuple*, «en nombre del pueblo». «Somos el pueblo», dijo una vez Erdoğan a sus adversarios. «¿Quiénes sois vosotros?», decía Norbert Hofer, líder del derechista Partido de la Libertad de Austria, haciéndose eco recientemente de ese mismo sentimiento en una aparición de campaña en su país. «Vosotros tenéis a la alta sociedad de vues-

tro lado —dijo—. Yo tengo al pueblo conmigo.»⁴⁴ La promesa de expresar la voz sin adulterar del pueblo es el elemento central del populismo.

La apelación al pueblo es tan importante por a quién excluye aquella como por a quién incluye. Cuando los populistas invocan al pueblo, están separando un grupo «de los de dentro», unido en torno a una etnia, una religión, una clase social o unas convicciones políticas compartidas, de un grupo «de los de fuera», cuyos intereses pueden ignorarse con total legitimidad. Por así decirlo, están dibujando los límites del *demos* y argumentando implícitamente que unos ciudadanos son dignos de consideración política y otros no. Están reivindicando para sí, por usar las certeras palabras de Jan-Werner Müller, un «monopolio moral de la representación».⁴⁵

La historia del monopolio moral de la representación es tan larga como sangrienta. Durante la Revolución francesa, Maximilien de Robespierre accedió al poder oponiéndose a que el monarca se arrogara la condición de encarnación viva de la nación, pero pronto comenzó a reclamar que solo él era quien verdaderamente manifestaba la voluntad del pueblo. En 1914, cuando todavía se concebía a sí mismo como un socialista que luchaba contra la opresión de su pueblo por parte de la clase capitalista, Benito Mussolini fundó un periódico llamado *Il Popolo d'Italia* [El Pueblo de Italia].⁴⁶

A esa misma maniobra retórica se ha recurrido también en fases más recientes de la historia estadounidense. Eso hacía Sarah Palin, por ejemplo, cuando afirmó que «lo mejor de América está en estas localidades pequeñas [...] y en estas maravillosas economías domésticas humildes de la que yo llamo la América real», unas palabras con las que implícitamente contraponía «las áreas proestadounidenses de esta gran nación» y aquellas otras que, por pura implicación lógica, deben de ser «antiestadounidenses».⁴⁷ Eso mismo hizo también Glenn Beck cuando escribió un libro titulado *The Real America: Messages from the Heart and Heartland* [El Estados Unidos real: mensajes desde mi corazón y desde el corazón del país].⁴⁸ Y, por supuesto, eso es lo que trataba de expresar Donald Trump con su característico estilo directo cuando dijo que «lo único que importa es la unificación de la gente, porque la otra gente no significa nada».⁴⁹

Cuando los populistas compiten por el poder, dirigen principalmente sus iras contra grupos étnicos o religiosos a los que no reconocen como parte del pueblo «real». Cuando los populistas llegan al poder, pasan a dirigir cada vez más sus iras contra un segundo blanco: el conjunto de las instituciones —formales o informales— que osan disputar sus pretensiones de monopolio moral de la representación.

En las fases iniciales, la guerra contra las instituciones independientes suele adoptar la forma de una incitación a la desconfianza, cuando no al odio abierto, hacia la prensa libre.

Los medios de comunicación críticos dan cobertura informativa a las protestas contra el líder populista de turno. Informan también sobre los fallos de su gobierno y dan voz a sus críticos más destacados. Cuentan noticias compasivas con el sufrimiento de sus víctimas. Con todo ello, cuestionan la presunta sensación de consenso y muestran a un público amplio que el populista miente cuando dice hablar en nombre de *todo* el pueblo.

Eso es lo que hace que la prensa sea tan peligrosa para el gobierno del populista. Y por ese motivo también, la mayoría de los populistas toman duras medidas contra los periodistas independientes y construyen una red de medios leales que jalean todo lo que hacen.

En la primera conferencia de prensa que Trump dio como presidente electo de Estados Unidos, calificó la labor de la CNN de «falsa información», se refirió a BuzzFeed llamándolo «montón de porquería», menospreció a la BBC diciendo irónicamente que era «muy bonita, también», y tildó a la prensa, en conjunto, de «deshonesta». ⁵⁰ En su primer día completo de ejercicio en el cargo, envió a su secretario de prensa a realizar una serie de declaraciones mendaces sobre la presunta «labor informativa deliberadamente falsa» de los periodistas. ⁵¹ Y transcurrido su primer mes en el cargo, había excluido ya a varios periódicos importantes de las sesiones informativas en la Casa Blanca, y había tachado a medios como *The New York Times* o la CNN de «enemigos del pueblo estadounidense». ⁵²

Mientras tanto, Trump está construyendo también su propia contraprogramación. Mantiene una relación muy estrecha con Fox News. Ha entregado acreditaciones de prensa a sitios web marginales que apoyan acríticamente sus políticas y sus propuestas. E incluso ha puesto en marcha un noticiario regular en su página de Facebook que suministra a sus seguidores apasionantes crónicas de sus presuntos logros. ⁵³

Los populistas europeos, tanto de izquierda como de derecha, se com-

portan de forma similar. En Polonia, el gobierno de extrema derecha de Kaczyński se hizo con el control de la radiotelevisión estatal y trató de vetar la entrada de periodistas independientes en el Parlamento.⁵⁴ En Grecia, el gobierno de extrema izquierda de Tsipras otorgó al Estado el poder de decidir quiénes podrían hacer oír su voz en las ondas y quiénes no, limitando el número total de licencias de televisión y no cejó hasta conseguir el cierre de una revista que había osado criticar al ministro de Exteriores.⁵⁵ Todo apunta a que Beppe Grillo, un hombre que ya ha prometido poner fin a lo que él llama el control político de los medios en Italia, seguiría ese mismo ejemplo si accediera a la jefatura del Gobierno.⁵⁶

Los ataques contra la libertad de prensa no son más que el primer paso. En el siguiente, el de la guerra contra las instituciones independientes, es habitual que se actúe contra fundaciones, sindicatos, laboratorios de ideas, asociaciones religiosas y otras organizaciones no gubernamentales.

Los populistas son conscientes de lo peligrosas que esas instituciones intermedias, que se reclaman legítimamente representativas de las opiniones y los intereses de amplios sectores de la sociedad, son para la supervivencia de esa ficción suya de que ellos, y solo ellos, son quienes hablan por el pueblo. Por eso se esfuerzan tanto por desacreditarlas, caracterizándolas como instrumentos de las viejas élites o de intereses foráneos. Y si con eso no basta, introducen legislación que limita la financiación extranjera para debilitarlas económicamente, o se valen de su control sobre el aparato regulatorio del Estado para obstaculizar el funcionamiento de esas organizaciones.

Pero las mayores iras y los ataques más implacables suelen estar reservados para aquellas instituciones estatales que no están bajo la influencia directa del gobierno populista. Cuando la radio o la televisión públicas se niegan a emitir propaganda gubernamental, cuando los organismos de denuncia de prácticas poco éticas critican al gobierno, cuando las juntas electorales independientes tratan de garantizar comicios libres y limpios, cuando las fuerzas armadas se niegan a acatar órdenes ilegales, cuando los legisladores se atreven a usar el Parlamento como bastión de oposición, o cuando el tribunal supremo de la nación juzga inconstitucionales las actuaciones de los populistas, estas instituciones cruciales son en primer lugar mancilladas atribuyéndoles el deshonor de la traición y, luego, «reformadas» o abolidas.

En Hungría, por ejemplo, Orbán ha llenado los puestos de las institu-

ciones administrativas antaño imparciales con ávidos leales suyos, y ha socavado la independencia del poder judicial del país. En Venezuela, Hugo Chávez reescribió la Constitución nada más acceder al poder y politizó en la práctica las principales instituciones del país.⁵⁷

Idéntica táctica se está poniendo de manifiesto incluso en Europa occidental y América del Norte. En Gran Bretaña, por ejemplo, existe una dilatada tradición de deferencia hacia los tribunales. Pero cuando uno de ellos falló que la primera ministra Theresa May precisaba de la confirmación del Parlamento para activar la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea, los ataques contra la justicia adoptaron un tono de una acritud sin precedentes. Disponiendo las fotos de los tres magistrados que habían tomado la decisión con un estilo visual inquietantemente reminiscente del usado en los ataques contra los jueces alemanes durante la década de 1930, *The Daily Telegraph* tronó contra la supuesta subversión de la voluntad del pueblo que significaba aquel fallo. *Daily Mail* fue un paso más allá, pues acompañó una imagen similar con un titular más grande todavía que catalogaba a los jueces de «enemigos del pueblo».⁵⁸

Este ejemplo refleja a la perfección la lógica que se sigue cuando el populismo se vuelve contra las instituciones independientes. Ante la reivindicación de los populistas de ser los representantes exclusivos de la voluntad popular, la política se convierte enseguida en una lucha existencial entre el pueblo real y sus enemigos. De ahí la tendencia de los populistas, tanto de izquierdas como de derechas, a volverse cada vez más iliberales según aumenta su poder. Con el tiempo, llegan a considerar como traidor a cualquiera que no esté de acuerdo con ellos y concluyen que toda institución que se interponga en su camino representa una perversión ilegítima de la voluntad popular. Para ellos, en el fondo, ambas (institución independiente y voluntad del pueblo) son elementos que hay que suprimir. Así, una vez despejado el camino, el único criterio que rige es el antojo del populista.

EL PUEBLO DECIDE (HACER LO QUE QUIERA)

Ali Erdoğan, presidente de la pequeña comunidad turca residente en Wangen bei Olten, tenía un gran sueño. Un día, esperaba él, un modesto minarete azul y dorado (de unos seis metros de altura) adornaría su centro cultural ubicado en la mencionada localidad de la Suiza septentrional.

Tras años de esfuerzos, consiguió recaudar los fondos necesarios y solicitó el correspondiente permiso de obras. Pero los lugareños se organizaron enseguida en contra de sus planes. Algunos se quejaban de que el minarete les tapanía las vistas. Otros temían que la identidad cultural de la localidad se vería amenazada por un símbolo islámico tan ostentoso. Y había quienes se andaban con menos rodeos aún: los minaretes no tienen cabida en Wangen bei Olten, como tampoco deberían tenerla los inmigrantes que quieren construirlos, decían. La comisión de obras y urbanismo de la localidad votó unánime a favor de rechazar la solicitud.

Erdoğan no se rindió tan pronto y la controversia terminó saltando del ámbito político al de los tribunales de justicia (como tan a menudo sucede con tales decisiones en la actualidad). El Juzgado de lo Contencioso-Administrativo del cantón de Solothurn dio permiso para la construcción del minarete. Cuando los vecinos recurrieron ese permiso, el Tribunal Supremo federal dictó sentencia en firme: el minarete podría construirse después de tanto tiempo.⁵⁹

Sin embargo, esa pequeña victoria para los derechos de la comunidad turca en Wangen bei Olten pronto se convertiría en una gran derrota para los derechos de las minorías religiosas en toda Suiza. Indignada por las sentencias judiciales, una coalición de activistas de extrema derecha comenzó a recoger firmas para la celebración de un referéndum popular que ilegalizara la erección de nuevos minaretes. «El pueblo ha dicho que no queremos esto —declaró Roland Kissling, líder local del Partido Popular Suizo—. Estoy a favor de la integración de los inmigrantes, pero lo que pide esa gente es demasiado.»⁶⁰

Una mayoría de los compatriotas de Kissling coincidieron con su postura. El 29 de noviembre de 2009, millones de votantes suizos acudieron a las urnas para abrogar el derecho de los musulmanes a la libertad de culto. Dirigentes políticos, periódicos de gran tirada y observadores extranjeros diversos hicieron distintos llamamientos a los electores para que votaran a favor de respetar los derechos de la más numerosa minoría religiosa del país. Pero fueron en vano. Al final, la proposición se aprobó con el apoyo del 58% de los votos.⁶¹ Tras ese referéndum, se procedió a la correspondiente reforma de la Constitución suiza, que ahora dice así: «Se garantiza la libertad de religión y conciencia. [...] Se prohíbe la construcción de minaretes».⁶²

Ali Erdoğan logró hacer realidad su sueño. El referéndum no llegó a tiempo de frenar su minarete. Pero la modesta torre que ahora adorna un

discreto edificio de las afueras de su localidad es el último de su clase que se construirá en Suiza.

En los días siguientes al referéndum, estupefactos, muchos comentaristas de todo el mundo calificaron el resultado de aquel plebiscito de descaradamente antidemocrático.⁶³ Pero tan incorrecto uso de esa palabra no hace más que evidenciar lo difícil que resulta hablar de la crisis actual con un mínimo de claridad mientras pensemos que democracia significa todo y cualquier cosa. Al fin y al cabo, no se me ocurre un modo más directo de permitir que el pueblo mande que dejándole votar sobre temas que son objeto de conflicto y polémica.

Por eso prefiero decir que la controversia de los minaretes es un caso paradigmático de la desintegración de la democracia en dos nuevas formas de régimen: la democracia iliberal y el liberalismo no democrático.

De un lado, en toda aquella situación, estaban las instituciones administrativas y tecnocráticas que apoyan los derechos individuales: el Juzgado de lo Contencioso-Administrativo del cantón de Solothurn y el Tribunal Supremo federal de Suiza están ocupados por jueces no elegidos por el pueblo. Ambos reafirmaron los derechos de una minoría impopular en cuanto a su libertad de culto. Del otro lado, se encontraban las instituciones democráticas que permiten que el pueblo exprese sus opiniones: los miembros democráticamente elegidos de la comisión de obras y urbanismo, y el referéndum al que fueron convocados todos los ciudadanos suizos adultos para dar su dictamen final, sirvieron ambos para traducir la opinión popular en una política pública concreta.

Así pues, el problema del referéndum suizo no era que fuera antidemocrático, sino que la democracia suiza está concentrando cada vez más energías en cargar contra las normas liberales básicas.

Y Suiza no es la única.⁶⁴

Como no acostumbro a asistir a los mítines de los partidos políticos de extrema derecha, me imaginaba que el acto de campaña de Alternativa para Alemania (AfD) sería, en fin, un tanto exótico, supongo. Pero, en vez de eso, me trajo de inmediato recuerdos de juventud. Todo allí parecía inspirado en las poblaciones alemanas de provincias en las que viví durante parte de mi infancia a finales de los años ochenta y principios de los noventa.

El mitin se celebró en un deprimente polideportivo-espacio multiusos

ubicado en un suburbio de clase media de Ofemburgo, una de esas localidades de casas unifamiliares que no son exactamente idénticas entre sí, pero cuyas paredes son siempre del mismo color y cuyos tejados están inclinados con igual ángulo. Salvo por el detalle —previsible— de cierto sesgo de edad por la presencia de muchas personas mayores, el público también parecía normal y corriente. Si un fabricante de productos de ortodoncia hubiera reunido a un grupo de discusión formado por un número inusualmente alto de clientes potenciales, las sensaciones habrían sido muy parecidas. Hasta las pancartas y los carteles del partido parecían sutilmente comerciales. Esos azules un pelín demasiado subidos y esos rojos que también eran un pelín demasiado rojos me recordaban a una plantilla de PowerPoint, o quizá a un mal anuncio del metro.

Famosa por su retórica tóxica contra los inmigrantes, Frauke Petry, que por entonces era la líder de AfD, ha llegado a defender en mensajes de correo electrónico internos de la formación el uso de «provocaciones verbales» como estrategia propagandística.⁶⁵ Así, fiel a su palabra, hace poco exhortó a la policía alemana a impedir todo cruce ilegal de las fronteras por cualesquiera medios necesarios, incluido el uso de armas de fuego.⁶⁶

Esa noche, cuando subió al escenario en Ofemburgo, hizo pleno despliegue de sus instintos iliberales.⁶⁷ La ira hacia los inmigrantes era un tanto visceral en exceso, y la insistencia en la imposibilidad de que los recién llegados lleguen nunca a ser miembros verdaderos de la nación alemana, incómodamente estridente de más. Acusada a menudo de azuzar temores irracionales, ella recalcó que «el miedo y la envidia son una parte importante de la política». Los alemanes, dijo en medio de un multitudinario aplauso, no deberían seguir retrayéndose de usar con orgullo términos tan históricamente connotados como *das Volk* («el pueblo»).

En el transcurso de la noche, esa temática tan hondamente liberal fue repitiéndose una y otra vez. Pero lo que sorprendía igualmente —aunque los medios se hicieran luego mucho menos eco de ello— era el especial énfasis que aquel partido puso durante todo el mitin en profundizar en la democracia. Cuando miré a mi alrededor en el pabellón, no me extrañó ver pancartas con lemas como «la inmigración necesita reglas claras», o como que Alemania no debería ser «la pagadora del mundo». Pero la que me dejó verdaderamente perplejo fue una en la que, junto a una bandera suiza, se podía leer: «Suiza está a favor de los referéndums. Nosotros también».

La defensa de la democracia directa, explicó Petry al principio de su discurso, es una cuestión fundamental para el partido... una cuestión sobre la que ningún periodista quería pedirle nunca su opinión. La Constitución alemana que se aprobó en 1949, dijo, preveía dos leyes: una para la elección de parlamentarios y otra para permitir que los ciudadanos presentaran iniciativas para la convocatoria de referéndums nacionales. Sin embargo, al final, los políticos solo aprobaron la ley que regula las elecciones al Bundestag, y los ciudadanos alemanes todavía no gozan del derecho de decidir las cuestiones de urgencia por sí mismos. «Por culpa de eso —dijo Petry a los trescientos seguidores que la escuchaban, al tiempo que, en su tono de voz, la indignación iba en aumento—, ahora vivimos en una semidemocracia.»

A los políticos del sistema les gustaría mantener las cosas tal como están. «Aunque no lo digan —sostenía Petry—, ellos están encantados de que los ciudadanos se hayan desilusionado tanto con la política. Después de todo, eso significa que nadie les impide hacer lo que les da la gana.»⁶⁸ Pero su partido no es como los del sistema establecido: su partido es diferente. Solo él quiere que el pueblo alemán decida su destino por sí mismo.

Y ahí es donde entra el pequeño país vecino de Alemania. Suiza, dijo Petry, tiene un sistema político maravilloso, precisamente porque confía en sus ciudadanos para que estos tomen decisiones importantes. Va siendo hora de que Alemania haga lo mismo.

Allende las fronteras alemanas, los referéndums cuentan con renovados admiradores por similares motivos. El Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), Podemos, el Movimiento 5 Estrellas y otras formaciones políticas de toda Europa han reclamado referéndums. En los Países Bajos, Geert Wilders presentó sus promesas de campaña para las elecciones parlamentarias de 2017 en un programa electoral de notoria dureza. El segundo de sus once puntos era extraordinariamente simple (y absolutamente iliberal): prohibir el Corán. Pero el tercer punto era a todas luces democrático: procurar la introducción de referéndums vinculantes.⁶⁹



Es imposible entender el auge del populismo sin abordar su manera de arrogarse el manto de la democracia.

Los movimientos de extrema derecha de la generación anterior ansiaban abiertamente una vuelta al pasado fascista o pugnaban por establecer un

sistema jerárquico que dejara atrás la democracia. En Francia, el fundador del Frente Nacional, Jean-Marie Le Pen, era un defensor del régimen de Vichy y minimizaba el Holocausto considerándolo un mero «detalle de la historia». ⁷⁰ En Alemania, el Partido Nacionaldemócrata (NPD) ensalzaba a dirigentes nazis como Rudolf Hess y ponía en duda el orden constitucional de la posguerra. ⁷¹

Sin embargo, los sucesores de esos movimientos no solo se abstienen de simpatizar abiertamente con un sistema más autoritario, sino que, la mayor parte del tiempo, se describen a sí mismos como una alternativa democrática al orden oligárquico establecido.

En Francia, Marine Le Pen expulsó a su padre del partido cuando este reiteró sus calumnias acerca del Holocausto, y ahora la formación se reclama más democrática que los partidos del sistema. ⁷² En Alemania, AfD ha iniciado (de mala gana, eso sí) los trámites necesarios para expulsar a Björn Höcke después de que este pidiera «un giro de ciento ochenta grados en el modo en que recordamos actualmente el pasado». El partido también está haciendo especial hincapié en que solo él defiende un sistema verdaderamente democrático: «Ellos están contra nosotros —reza uno de sus eslóganes— porque nosotros estamos con vosotros». ⁷³

El vehemente compromiso de los populistas con la democracia se condensa a la perfección en cómo jalearon los resultados de las elecciones estadounidenses de 2016. En palabras de Viktor Orbán, la victoria de Trump señalaba que Estados Unidos había completado la transición de una «no democracia liberal» a una «democracia real». ⁷⁴

Algunos analistas destacados del populismo, como Jan-Werner Müller, se resisten a reconocer esa energía democrática. La expresión *democracia iliberal*, sostiene Müller, juega totalmente a favor de esos regímenes, pues refuerza «la imagen de tales líderes como adversarios del liberalismo, al tiempo que les permite continuar refiriéndose a sus acciones como democráticas». La realidad, según él, es que los gobiernos iliberales son intrínsecamente antidemocráticos: «Si dificultan la acción de los partidos opositores con vistas a presentar sus propuestas ante el electorado, y si los periodistas no se atreven a informar de los fallos del gobierno, es como si las urnas estuvieran ya cerradas de antemano». ⁷⁵

Comparto tanto la indignación de Müller por el daño que los populistas ya han causado, como su preocupación por el peligro que siguen representando. Pero también temo que la negativa a admitir que hay un elemen-

to democrático en la energía que los impulsa de entrada hacia el poder nos impide comprender el carácter mismo de su atractivo y dificulta que reflexionemos concienzuda y creativamente sobre cómo frenarlos.

Lejos de aspirar a establecer un sistema político jerárquico que supere la democracia, como hacían otros movimientos de ultraderecha más antiguos, los populistas de hoy en día afirman que tratan de profundizar en los elementos democráticos de nuestro sistema actual. Y eso es importante.

Pero incluso en aquellos casos en que los compromisos de los populistas con el concepto mismo de *democracia* son auténticos, su ascenso no deja de suponer un peligro para dicha democracia. Como bien señala Müller, todas esas predilecciones iliberales colisionan frontalmente con el mantenimiento de ciertas instituciones —como las elecciones libres y justas— que impiden que esos mismos populistas puedan pisotear la voluntad popular en cuanto se vuelvan impopulares. Y eso también importa.

Los populistas aseguran que son la voz del pueblo real. Creen que toda resistencia a su poder es ilegítima. De ahí que ellos mismos cedan con demasiada frecuencia a la tentación de silenciar a la oposición y de destruir otros centros de poder rivales. Es imposible entender bien su naturaleza sin reconocer la energía democrática que los impulsa, pero también es imposible entender cuánto daño causarán posiblemente sin admitir lo rápido que esa energía puede volverse contra el propio pueblo. Si los defensores de la democracia liberal no consiguen hacer frente a los populistas, la democracia iliberal correrá siempre el riesgo de degenerar en una pura dictadura.